

del deseo de salvar al emperador, aunque, por ver si lograba mejor su intento, supuso que era dirigida por el soberano. El documento, pues, que presenta del general sitiador en que éste manifiesta que en la conferencia que tuvo con él D. Miguel Lopez le pidió éste, de parte del Emperador, que le permitiese salir de la plaza, no tiene

1867. fuerza alguna para la defensa del interesado,  
 Mayo. puesto que el general republicano sólo podía asentar lo que le había dicho, respecto de ese punto, el expresado Miguel Lopez, sin hacer la más leve mención de los demás puntos relativos á la entrega de la plaza.

Terminada la conferencia, D. Miguel Lopez regresó á la Cruz con el mismo sigilo con que había salido. Eran entonces poco ménos de las doce de la noche, hora en que se encontró con la novedad, favorable para su plan, de que se había aplazado la salida para la noche del 15 por súplica hecha por el general D. Ramon Mendez, por medio del coronel D. Francisco Redonet, como queda referido.

Al mismo tiempo que D. Miguel Lopez regresó á la ciudad para disponer en la Cruz las cosas de una manera que facilitase la entrada de las fuerzas liberales, el general en jefe republicano D. Mariano Escobedo, en cuanto terminó la conferencia que tuvo con aquél, recorrió su campamento, y al llegar al Cimatario, donde se hallaba su segundo en jefe D. Ramon Corona, le dijo á este: «Es necesario que esté usted muy listo, porque á las doce de la noche voy á tomar el convento de la Cruz, y lo practicaré precisamente por la línea de Carretas. Mande usted decir al general Riva Palacio, jefe de ella, que se

prepare, porque voy á enviar al general D. Francisco Velez con fuerzas del Norte, para dar cima á mi proyecto.» Dichas estas palabras el general en jefe regresó á su tienda, y D. Ramon Corona trasmitió, sin pérdida de momento, al general D. Vicente Riva Palacio, las disposiciones de D. Mariano Escobedo.

Fué verdaderamente una cosa muy extraña para el general Corona la resolucion tomada por el general en jefe, de apoderarse del punto de la Cruz, sin haberle comunicado ántes su pensamiento, siendo así que siempre había consultado con él, hasta entonces, aún el más significativo de sus planes. La sorpresa que le causó ese nuevo proceder de D. Mariano Escobedo lo expresan los apreciables escritores republicanos D. Juan B. Hjar y Haro y D. José M. Vigil en su *Ensayo Histórico del ejército de Occidente*, en las siguientes palabras: «Al contramar-

1867. char el jefe de Occidente (D. Ramon Co-  
 Mayo. rona) á su campo, meditaba sin poder explicarse una palabra en aquella violenta resolucion, y en el aire severo y reservado con que se le comunicó, pues hasta entonces siempre le había distinguido el general en jefe con invitarle á discutir todos los planes de ataque, y en esta vez que se trataba de un golpe decisivo al convento de la Cruz, que era el punto más fuerte de los imperiales por encontrarse en él Maximiliano con todas las reservas, todo se lo ocultaba. Sin embargo, se conformó con obedecer.»

Esta reserva del general en jefe republicano con su segundo, cuando se trataba de tomar el punto más fuerte de la plaza; el dar su toma como una cosa segura diri-

giéndose á una hora la ménos á propósito para un golpe de mano; cuando acababa de dirigirse á la posicion de la Cruz el coronel D. Miguel Lopez y debía suponérsele, por lo mismo, más vigilante y cuidadoso que nunca á ser cierto que habia recibido alguna repulsa; el no haber comunicado órden ninguna con anticipacion á ninguno de los jefes principales, y el haber tomado la resolucion en los momentos de haber tenido la conferencia con Don Miguel Lopez, están demostrando claramente, que la entrevista no habia tenido otro objeto, que el de convenir la hora y modo de introducir á las fuerzas sitiadoras en el convento de la Cruz.

El individuo á quien el general en jefe republicano habia confiado la empresa de hacerse dueño del punto, fué el general D. Francisco A. Velez, militar pundonoroso, entendido y valiente, que dejó de pertenecer al partido conservador, como ya tengo referido, desde que apareció la intervencion y se proclamó el imperio, tomando parte en la lucha contra éste al regresar á Francia el ejército francés. Para que se hiciera dueño del punto de la Cruz con el sigilo y órden que requerian las circunstancias, se pusieron á sus órdenes los excelentes batallones denominados *Supremos Poderes* y *Nuevo-Leon*. D. Francisco Velez se dirigió con las precauciones debidas, seguido del general D. Feliciano Chavarria, del jóven coronel Don

1867. José Rincon, de D. Agustin Lozano, coronel tambien, así como de otros jefes y de los batallones referidos, al sitio de que debía hacerse dueño. Con efecto; eran como las dos de la madrugada, cuando guardando el mayor silencio posible y favorecido por la

intensa oscuridad que reinaba, penetró en la huerta de la Cruz por la cañonera derecha de la barda izquierda, de que se habia hecho retirar la pieza de artilleria que allí habia estado situada, por hacer parte de las que debian formar la batería de ataque, en la salida que se habia proyectado verificar. La huerta de la Cruz, así como esa cañonera de que se habia retirado la pieza, estaban bajo la custodia del teniente coronel D. Antonio Yablouski que favorecia las miras de D. Miguel Lopez

Una vez dentro de la fortaleza la tropa republicana, la ocupacion de los diversos puntos de ella en que habia alguna guardia, fué cosa que se ejecutó fácilmente. Nadie desconfiaba de D. Miguel Lopez, y siendo además jefe de la línea, no podia llamar la atencion de nadie que transitara en el interior del perímetro al frente de las tropas que se habian introducido, y mucho ménos cuando no tenian motivo para sospechar que perteneciesen al ejército republicano.

Conducidos, pues, los batallones de «Supremos Poderes» y «Nuevo-Leon» por D. Miguel Lopez, todas las guardias imperialistas fueron relevadas por fuerzas liberales, sin que aquellas maliciasen la más leve cosa, puesto que el relevo lo mandaba el mismo jefe encargado del punto.

Por la manera de que se valió para hacerse de la plataforma en que se hallaba el subteniente de artillería don Alberto Hans, podrá el lector figurarse cómo se haria de los demás puntos de los parapetos, custodiados por cortas fuerzas que se juzgaban en el deber de obedecer sus órdenes.

La noche era bastante fresca y la oscuridad apenas permitía distinguir los objetos. El jóven subteniente D. Alberto Hans, para vencer el sueño, segun él mismo dice en una obra sobre los acontecimientos de Querétaro, se puso á pasear sobre la plataforma. Después, viendo que no tardaría mucho en amanecer, se sentó en la cureña de una pieza de á 8, embozándose

1867

Mayo

en una manta, que en Méjico tiene el nombre de *zarape*. De repente le pareció oír pasos de algunos que se dirigian rápidamente hácia la plataforma, y á poco se presentó á su vista el coronel D. Miguel Lopez, á quien reconoció por su vistoso uniforme bordado de plata que usaba. El jóven subteniente le saludó.

D. Miguel Lopez, mostrándole entonces la tropa que con él iba, le dijo con precipitación: «Aquí está un refuerzo de infanteria; dispierte usted inmediatamente á sus artilleros; mande usted retirar esta pieza de su tronera y oblícuela usted á izquierda, pero pronto.»

D. Alberto Hans, pensando que había llegado el momento de la salida, despertó inmediatamente á los artilleros; pero no habiéndose levantado el sargento Guzman, que era anciano y estaba algo enfermo, con la prontitud que D. Miguel Lopez anhelaba, le reprendió éste ásperamente hasta que le vió en pié. Entonces reiteró sus órdenes al subteniente Hans, y partió precipitadamente, dejando el peloton de infantería que había llevado, el cual estaba mandado por un oficial.

El jóven subteniente obedeció con puntualidad la órden recibida. Considerando que los sitiadores trataban de penetrar hácia la izquierda, como lo había indi-

cado D. Miguel Lopez, mandó agregar un bote de metralla á la carga que tenia ya el cañon, y dió á éste la direccion requerida. Durante esta operacion, la fuerza de infantería que habia dejado D. Miguel Lopez, se formó detrás de la pieza de artilleria. Cuando terminado el trabajo de colocar el cañon, el subteniente Hans se iba á ceñir la espada que se habia quitado para trabajar con más desembarazo, se encontró sin ella, así como sin sus carabinas los artilleros. No dudando que los soldados que habia dejado D. Miguel Lopez como refuerzo fuesen los que habian hecho desaparecer aquellas armas, se acercó al oficial para reclamarlas. Al ver que éste respondia vagamente y como tratando de esquivar toda conversacion, le miró con cuidado y vió, no sólo que la fisonomia de él le era enteramente desconocida, sino que el traje de los soldados era muy descuidado. Sin embargo, pensó que aquella debía ser la 8.<sup>a</sup> ó 9.<sup>a</sup> compañía de uno de los batallones imperialistas; porque para reponer en lo posible las pérdidas, se habia com-

1867.

Mayo.

puesto las dos últimas compañías de cada cuerpo, con reclutas de la ciudad y aún con prisioneros hechos á los sitiadores. Don Alberto Hans, extrañando, á pesar de todo, el modo de obrar de aquella fuerza, le preguntó al oficial á qué cuerpo pertenecia, y le respondió con aplomo que formaba parte de la brigada Mendez. Como el jóven subteniente de artilleria habia pertenecido á la expresada brigada y no recordaba haber visto en ella á su interlocutor, conociendo que allí estaba pasando alguna cosa extraña, le suplicó le dijera la verdadera causa de su presencia en su puesto. El interrogado le contestó que uno

de los batallones que guarneecía la Cruz iba á sublevarse y á dejar penetrar á los republicanos en la plaza; pero que, por fortuna, la conspiracion habia traspirado, y se mandaba relevar todos los puntos con su cuerpo. Al escuchar esta noticia, D. Alberto Hans trató de ir á hablar á D. Miguel Lopez que, segun el oficial le dijo, se hallaba en el punto del cementerio; pero en el momento de bajar de la plataforma, un centinela que él no habia notado desde luego le detuvo, dándole el grito de: ¡*Alto ahí!* El subteniente Hans, comprendiendo que el centinela tenia la consigna de no dejar bajar á nadie, se dirigió al oficial á fin de obtener para él la revocacion de aquella órden. El oficial eludió la respuesta. Instado éste por varias preguntas que le hizo el expresado subteniente Hans, le dijo al fin: «No tema usted nada, señor; está usted entre los soldados del ejercito regular: no somos guerrilleros; pertenecemos al batallon de *Supremos Poderes* de la república.»

El jóven subteniente quedó aterrado; un frío glacial se apoderó de todo su cuerpo; le parecia estar soñando; los sitiadores estaban allí; eran dueños de la plaza. Asombrado de lo que veía y escuchaba, D. Alberto Hans preguntó al oficial republicano si el coronel don Miguel Lopez era quien le habia conducido allí. «Ciertamente,» le respondió sonriendo el oficial; «pero le repito á usted que nada tiene usted que temer, porque somos del ejercito regular; no se le hará daño ninguno (1).»

(1) He seguido fielmente en este hecho lo que asienta el mismo subteniente D. Alberto Hans en su obrita intitulada «*Querétaro.*»

1867. El jóven subteniente se hallaba prisionero con la corta fuerza que mandaba, como se hallaban todos los jefes y oficiales que habian estado encargados de los puntos de la línea que mandaba Don Miguel Lopez. Para cada comandante de las guardias que llegó á relevar con las fuerzas republicanas, tenia un motivo diverso que exponer. Ya el lector ha visto lo que ordenó al subteniente Hans. Pues bien, al comandante del Panteon le dijo: «que un batallon del general D. Leonardo Marquez, burlando la vigilancia de los sitiadores, habia penetrado en la plaza, y tropa de ese batallon era la que le seguia para relevar la empleada en aquellos puntos, que debia incorporarse al suyo, pues se iba á emprender un movimiento á la madrugada.»

De esta manera fueron quedando prisioneros los defensores de la Cruz sin que se llegase á disparar un tiro, y con un silencio y órden admirables.

Deseando D. Miguel Lopez salvar al emperador, como se habia propuesto desde un principio, hizo llamar al teniente coronel D. Antonio Yablouski y le ordenó que marchase prontamente al alojamiento de Maximiliano, situado en el cláustro de la Cruz; le dijese que habia sido sorprendido y hecho prisionero en la huerta de la Cruz por las fuerzas republicanas que habian penetrado sorprendiendo la entrada por la barda de ella y que procurase ponerse en salvo. Eran entonces las tres de la mañana.

Yablouski marchó á cumplir con el encargo que se le habia hecho.

Como hallarse prisionero y disfrutar de libertad para

separarse de los que le custodian para dar órdenes en secreto, parecen cosas que no pueden concertarse, Don Miguel Lopez dice que alcanzó ese favor del general republicano D. Francisco Velez, que le hizo prisionero, en virtud de haberle manifestado «que era humanitario que ya no corriera sangre y rogándole que le ayudase á evitar su derramamiento (1).»

Por muy nobles y generosos que fueran los sentimientos de D. Francisco A. Velez, como en efecto lo son, no era posible que por una simple palabra de parte de un prisionero de importancia, indicando deseos de evitar la efusion de sangre, le permitiese andar libremente por todas partes, cuando la prudencia exigia no exponerse á un engaño que pudiera hacer fracasar la empresa. Un entendido general está en la obligacion de asegurar á sus prisioneros, y muy especialmente cuando son de bastante importancia, y sólo admite sus servicios, cuando tiene la firme conviccion de que le apoyará en sus esfuerzos. D. Miguel Lopez no sólo aparece segun sus palabras, como un prisionero que goza de libertad, sino como un jefe que tiene derecho á gozarla; pues sólo así podia suplicar «*que le ayudase á evitar el derramamiento de sangre.*»

Sorprendidos la Cruz y el cementerio, las fuerzas republicanas procuraban hacerse dueñas con la mayor prontitud de todo el edificio, lo cual lograron fácilmente y sin ruido, puesto que iban guiados por D. Miguel Lopez y protegidos por la oscuridad de la noche. El coronel

(1) Manifiesto de D. Miguel Lopez.

republicano D. José Rincon Gallardo ocupó con su tropa las alturas del convento, las escaleras, los patios y todas las salidas, desarmando á la gendarmería, así como á la compañía de ingenieros, al batallon del emperador y á los voluntarios, antes de que despertasen completamente. «Los republicanos,» dice el subteniente D. Alberto Hans en su obra sobre los acontecimientos de Querétaro, «se echaron despues sin ruido, sobre la artilleria formada en la plaza de la Cruz, y que esperaba el momento de ponerse en marcha para la salida del siguiente dia. Se apoderaron tambien de la flecha que defendia la izquierda de la Cruz, de la iglesia contigua, de los trabajos de la derecha, del hospital, de los almacenes y del parque de artilleria que se encontraban tambien en aquel lado. La corta reserva compuesta de una parte del 3.º de linea, que descansaba en el patio de entrada y en los corredores del hospital, fué desarmada y hecha prisionera con la facilidad que se encuentra en todos los detalles de esta sorpresa, gracias á D. Miguel Lopez que guiaba á los republicanos y daba las órdenes necesarias para prevenir ó impedir toda resistencia. Como nadie sospechaba ni comprendia lo que pasaba, no se disparó ni un solo tiro, ni se dió un grito de alarma, mientras que el cuartel general y sus anexos caian en poder de los republicanos, en medio de una calma fantástica.»

1867. En el momento en que las fuerzas republicanas estuvieron en posesion de la Cruz, que era el punto dominante y clave de la ciudad, que debia considerarse como la toma de Querétaro, el teniente coronel Yablouski, llegó al alojamiento del ge-